

## El lugar de las humanidades en la formación

### The place of the humanities in training

#### **PEDRO GANDOLFO**

Abogado y Licenciado y Magister en Filosofía  
Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales  
Instituto Chile  
[pedro.gandolfog@gamil.com](mailto:pedro.gandolfog@gamil.com)

#### **RESUMEN**

Desde principios del siglo XX, la afirmación de que las humanidades se encuentran en crisis se ha convertido en una frase reiterativa. En el artículo se revisan los principales argumentos que, desde entonces, se han elaborado para defender el lugar esencial de las humanidades en la educación. Igualmente, se plantea la necesidad de examinar críticamente el estado actual de estos estudios y de repensar sus contenidos, así como la forma en la que se despliegan de cara a los desafíos del siglo XXI. Esta reflexión demanda volver la mirada hacia el origen de los estudios humanísticos.

**Palabras clave:** Humanidades, humanismo, educación, crítica, gratuidad, civismo, empatía.

#### **ABSTRACT**

From the beginning of the 20th century, the claim that humanities are in crisis has become common. This article reviews the main arguments that have since been made to defend the essential role of humanities in education. Likewise, there is need to critically examine the current state of these studies and rethink their contents and how they are deployed to face the challenges of the 21st century. This reflection demand looks back to the origin of humanistic studies.

**Key words:** Humanities, humanism, education, criticism, gratuity, civility, empathy.

## INTRODUCCIÓN

Fue en la antigüedad griega, hace unos 2600 años, cuando, por primera vez en Occidente, algunos ciudadanos se dedicaron a una práctica nueva: el cultivo del saber, que llamaron “episteme”.

En sus orígenes más remotos, el sabio –movido por su curiosidad– investigaba simultáneamente acerca de: los números, el movimiento de los astros, el crecimiento de las plantas, el comportamiento de los animales o la manera en la que los pueblos se organizaban socialmente. Sabemos –porque hemos heredados multiplicidad de textos que lo documentan– que el hombre mismo, su corporalidad, su comportamiento social e individual y sus costumbres más diversas fueron objetos de averiguación, deliberación y estudio. También, fue en esta época cuando el saber se comenzó a dividir entre distintos “saberes”, surgiendo el primer atisbo de especialización.

Sabios como Aristóteles o Pitágoras probablemente manejaban la totalidad del saber letrado de su época, una posibilidad que se dio hasta fines del Renacimiento. El saber no fue ajeno ni a los griegos, ni, después, a los latinos, sin embargo, estos saberes no eran equivalentes en la manera en la que se adquirían –el método–, tampoco en el grado de seguridad con el que se podían alcanzar las conclusiones con respecto a cada uno de los distintos objetos que se estudiaban, diferenciando nítidamente entre las nociones de verdad y certeza.

En el siglo III a. C., algunos de estos teóricos –los filósofos– se plantearon el problema acerca de si existía una unidad entre los distintos saberes y cómo debían articularse entre sí saberes que se multiplicaban inorgánicamente, distinguiendo entre los *saberes apodícticos* (que versan sobre objetos necesarios) y los *saberes opinables* (que versan sobre un objeto contingente).

Esta investigación, un problema ya tardío, se planteó asociado a la enseñanza. El desarrollo del conocimiento –de la *episteme*– es paralelo al desarrollo de la institución escolar en sus distintas variantes. De hecho, ese conocimiento adquirido de modo sistemático estuvo asociado a la existencia de una clase social que disponía de una holgura de tiempo, bienestar o que podían pagar a personas para proporcionarles esa libertad frente al trabajo. Ese espacio de autonomía en griego era llamado *skole* –término del cual deriva la palabra *escuela*–, traducido por los latinos como *otium*. Es decir, la escuela era el lugar y tiempo que permitía el cultivo y aprendizaje del saber.

Es la interrogante acerca de qué es lo que enseñamos y de qué manera lo enseñamos –la pregunta por el orden y el método de enseñanza– la que mueve a preguntarse, a su vez, por la articulación interna del saber y por la unidad y relación que debemos establecer entre los distintos saberes.

Las humanidades se inscriben en esta larga tradición, cuyos orígenes se encuentran en la antigüedad. Desde entonces, y durante todo el Medioevo, hubo una permanente preocupación por lo humano y las grandes inquietudes que plantearon los griegos fueron retomadas e indagadas una y otra vez. Es una ignorancia pensar que en la Edad Media hubo un desinterés hacia los problemas que atañen al hombre, pues cualquier lectura de Tomás de Aquino, Abelardo o San Buenaventura desmiente ese error. Pero, las humanidades, propiamente como tales, nacen en el alba de la modernidad –en el tránsito del siglo XIV y XV. Su especificidad se refiere al punto de vista y los supuestos con el que los estudios del hombre deben abordarse y a la centralidad que esos planteamientos deben tener en la educación de la persona. La discusión actual acerca de las humanidades es también una disputa sobre el lugar que estas deben ocupar en la educación, tanto escolar como universitaria.

¿Qué ocurre en ese período histórico en que las humanidades emergen? El Renacimiento, y particularmente el Renacimiento italiano, se relaciona en nuestra visión histórica usualmente como una época de esplendor, sin parangón en el desarrollo de las artes, tales como: la pintura, la escultura, la orfebrería y la arquitectura. Menos conocido es, en cambio, el pensamiento y las ideas que se discutieron intensamente en esa época por filósofos que pertenecían a la corte de los grandes mecenas renacentistas y que se relacionaban con los genios artísticos de la época. Las humanidades, desde entonces, han estado íntimamente relacionadas con el mundo de la creación artística. Incluso, el grupo de pensadores –entre los cuales puede mencionarse a Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Cristoforo Landino, Giovanni Pico de la Mirándola, Francesco Gucciardini, Gianbattista Vico, Marsilio Ficino y Nicolo Macchiavello– elaboraron una reflexión centrada en la vida humana concreta, en su radical historicidad. Esa importante tradición de pensamiento se llamó, con el tiempo, humanismo.

## HUMANISMO

Los humanistas, cuyas elucubraciones tomaban como punto de partida textos de teóricos griegos y romanos, dejan de considerar la existencia humana a la manera medieval, subespecie *aeternitates*, para mirarla de una forma moderna, inserta en la historia y en una cultura que evoluciona. Ese punto de vista les concede a los estudios humanistas su novedad específica. El carácter histórico de lo humano supone que las acciones de los hombres individuales son únicas e irrepetibles, porque brotan siempre del encuentro entre personalidades de rasgos propios y exclusivos con circunstancias externas siempre cambiantes. Para los humanistas, ese encuentro se lleva a cabo, se perfecciona o fracasa con todos los grados intermedios –desde lo vulgar a lo sublime– a través de la palabra: en el habla, desde el habla y por el habla.

De modo que, esta nueva consideración de lo humano se vuelca al análisis de textos y se relaciona con la revolución del libro, a partir de la imprenta perfeccionada por Gutenberg en el siglo XV. Los textos, ahora asequible a más bajo costo y fácilmente transportarles, hacen del arte de la interpretación –hermenéutica– un elemento común en los estudios humanistas, además de ser un vaso comunicante entre las distintas disciplinas que pasan a formar parte de las humanidades.

Esta manera de considerar la condición humana representó una verdadera revolución intelectual para la cultura de la época y para la historia de las ideas de los siglos siguientes. En alguna medida, esta tradición de pensamiento fue opacada por el surgimiento simultáneo del racionalismo moderno, con la figura principal de Rene Descartes sobre todo, pero eso no impidió que la influencia del humanismo introdujera un cambio importante en el currículum de enseñanza de las universidades de la época, una institución que ya se encontraba consolidada en plenitud.

Es decir, el humanismo significó no solo una nueva manera de abordar los estudios del hombre y lo humano, sino que, además, se constituyó en una pretensión de que esas teorías debían ocupar un lugar central en la formación del individuo. Esta influencia significó que se sustituyera progresivamente el currículum de la Escolástica –la tradición de pensamiento vigente en toda la época medieval y prevaleciente todavía en las universidades de la época en la que el humanismo nace–, por otro currículum en el que predominaban las nuevas disciplinas –llamadas entonces “Estudios generales”. Hacia fines del siglo XVII, las

humanidades y el conjunto de estudios generales acerca del hombre, constituían el núcleo de la formación de una persona culta en Europa.

Esta tradición “humanista”, que tuvo su cima de prestigio e influencia entre fines del XVII y principios del siglo XVIII, partía del supuesto de que el propósito de la educación –y particularmente de la educación universitaria– era formar hombres buenos en su sentido más integral, bondad que incluía ser buenos ciudadanos. El humanista pensaba que ese propósito se alcanzaba familiarizando al alumno en formación con las grandes preguntas y problemas relativos al hombre: ¿Qué es el ser humano y en qué reside su especial dignidad por sobre los demás seres de la creación? ¿Qué es lo bueno y qué es lo malo? ¿Qué es lo bello? ¿Existe alguna forma de organización política superior? ¿Son los seres humanos iguales y en qué medida? ¿Qué es el lenguaje y cuál es su origen y función? ¿Por qué el lenguaje se divide en distintas lenguas? ¿Qué es la historia? ¿Qué es lo que cambia y qué lo que permanece? ¿Cuál es el método que debemos aplicar al conocimiento histórico? ¿Qué es el derecho? ¿Existe un derecho eterno y universal, común a todos los pueblos, superior y anterior a los derechos positivos locales? ¿Qué es la justicia? ¿Se debe obedecer a una ley injusta?, entre otras interrogantes).

En su admiración por el mundo grecolatino, los humanistas pensaban que muchas de esas interrogantes habían sido abordadas de forma ejemplar por los grandes autores de la época y, por lo mismo, eran grandes expertos en los clásicos grecolatinos, pero ello no significaba que las humanidades miraran hacia el pasado. En la recepción y comentario de los textos de la antigüedad, los humanistas se apropian de las ideas de los sabios antiguos con bastante originalidad; y, al contrario de esa visión que los percibe como volcados hacia el pasado, pusieron el saber antiguo en conexión con los desafíos del presente. Las principales obras de Nicolo Macchiavello o Baltasar Castiglione– como “El príncipe” o “El condesano”– parten de las reflexiones tomadas de Aristóteles o Platón y se refieren directamente al mundo político contemporáneo. Los textos de la gran tradición humanista desde el siglo XV al XVII, según el modelo de los antiguos, abordaban problemas y preguntas con respecto a su actualidad.

## **CUESTIONAMIENTOS AL HUMANISMO**

Los estudios humanistas empezaron a tener problemas a principios del siglo XVIII, o, mejor dicho, a partir de esa fase su lugar en la formación de los individuos comenzó a ser cuestionada, así como, alguna vez, los humanistas criticaron

la tradición que los precedía. El cuestionamiento tuvo su origen en el ascenso triunfal de la ciencia moderna, posibilitada por el racionalismo filosófico originado en Descartes y Leibniz.

Con el sólido fundamento del filósofo –y su propuesta de una “*Mathesis universalis*”– y la obra Francis Bacon –con su nueva definición de “experiencia” como fuente del conocimiento cierto en su obra el “*Novum Organum*”–, la racionalidad científica, objetiva –que todo lo sometía a medida y cálculo, siguiendo un método empírico– obtuvo conocimientos sorprendentes sobre el mundo natural, que se traducían en progresos concretos en los ámbitos de la medicina, las comunicaciones y la economía.

Ese ascenso de la ciencia, le otorgó a las disciplinas científicas un prestigio incontrastable. A fines del siglo XIX, la formación misma desde el positivismo no tenía por propósito formar hombres buenos o sujetos integrales con un recto sentido del deber, de lo bello y de lo bueno, sino individuos útiles socialmente. La formación escolar y universitaria actual es, en los hechos, heredera de ese momento, un momento de periclitarse de las humanidades y de triunfo del positivismo científico.

Las humanidades –con todo– no fueron por completo desalojadas de la universidad, ni de la educación escolar, pero, desde entonces, en Europa, en Estados Unidos y en Chile, por cierto, las encontramos siempre a la defensiva, casi arrinconadas.

## **REFORMAS EN LAS HUMANIDADES**

Por otro lado, los estudios generales del hombre y sus cultores en el siglo XVII –y de forma temprana– se dieron cuenta de la amenaza que las acechaba y empezaron un proceso de reflexión y cambio. Las humanidades del *humanismo renacentista* no son las mismas del siglo XVIII y XIX o de mediados o fines del siglo XX y se parecen poco a las humanidades de la actualidad. Reaccionaron.

Una de las estrategias más comunes de las humanidades es que un grupo de ellas, atraídas por la “objetividad” que proporciona la racionalidad científica, adoptaron el método científico. De este modo, surgieron un conjunto de disciplinas que, por su objeto, eran próximas a las humanidades y por su método, a las ciencias: las llamadas “ciencias sociales”. Los estudios acerca del hombre se

escindieron en un grupo más tradicional, que, por un lado reunía a la filosofía, la historia, la literatura, la antropología cultural, la filología; el otro grupo reunía a la sociología, la etnografía, la antropología empírica, lingüística y la arqueología.

Durante todo el siglo XX, las humanidades continuaron su mutación, lo cual les permitió sobrevivir, pero las transformó en algunos aspectos, de tal manera que quedaron irreconocibles al compararlas con el modelo original. Entre las estrategias positivas –diría yo– es que se abrieron, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, a nuevas disciplinas que buscaron criticar los supuestos ideológicos de las disciplinas humanistas tradicionales. La crítica de género, los estudios coloniales y la crítica cultural son nuevas áreas humanísticas que proporcionaron una renovación importante de los estudios del hombre, pasando, especialmente en el ámbito anglosajón, a dominar la academia en esta área.

Además, las ciencias de la información y la comunicación, la bioética y el bioderecho son otro ejemplo de la aparición de nuevas disciplinas humanistas muy focalizadas hacia dilemas morales, ligados a avances científicos y tecnológicos contemporáneos. Sin duda que ellas representan un aire que vino a insuflar vitalidad a un conjunto de estudios que poco se hacían cargo de los problemas del mundo contemporáneo.

Por otro lado, las disciplinas humanistas, empujadas por presiones institucionales, se contagiaron de algunos vicios propios de las disciplinas científicas, entre ellos: la extrema especialización de la investigación y de la docencia.

En 1959, un científico inglés, C. P. Snow, dictó en Cambridge una conferencia que luego se convertiría en libro, titulada: *“Las dos culturas. Un segundo enfoque”*, en la cual describía el mundo académico como un espacio integrado por dos segmentos aislados: el de las ciencias y el de las humanidades. El diagnóstico tenía bastante de simplificación y de una falsa dicotomía, porque entre las humanidades y la ciencias básicas se había instalado un universo de disciplinas intermedias, de híbridos, tanto por el lado de las humanidades como por el polo de la ciencias exactas, porque el aislamiento y la falta de comunicación no solo se venía dando entre las humanidades y las ciencias, sino, también al interior de las humanidades y al interior de las mismas ciencias.

Con todo, el anhelo de interdisciplinariedad –que ya se planteaba entonces– apuntaba certeramente a los beneficios para ambos, lo que implicaría el

restablecimiento de nexos entre el mundo de las humanidades y de las ciencias, un anhelo que, a pesar del intenso debate de ideas que génera la propuesta de Snow, sigue plenamente vigente.

El espíritu positivista y pragmático, con todo, es el que ha prevalecido. A veces, con una virulencia creciente en una atmosfera que, tras una retórica pública favorable a las humanidades, en la práctica las políticas públicas tienden a cerrar el cerco contra los estudios humanísticos a nivel global.

En este contexto de hostilidad, el lugar de las humanidades –de estas nuevas humanidades– en la formación escolar y universitaria se ha justificado y defendido a partir de cinco grandes argumentos que pasó a revisar de modo muy somero:

En primer lugar, se propone el argumento crítico según el cual las humanidades ayudarían a formar individuos con un espíritu crítico, suspicaces e insumisas frente a las personas, instituciones y costumbres. Las humanidades –se dice– enseñan a hacerse preguntas, a cuestionar, muestran matices y favorecen la diversidad de opiniones. La innovación y la permanente adaptación al cambio acelerado de las circunstancias requiere de este espíritu crítico, sin el cual las sociedades corren el riesgo de caer en el inmovilismo, la perpetuación de vicios y, en fin, el retraso en todas las áreas. Las humanidades, en cambio, funcionan con la deliberación, con la contraposición de opiniones y, por lo mismo, el estudio humanístico ayuda al desarrollo de habilidades que la sociedad contemporánea requiere urgentemente para formar auténticos ciudadanos y no solo consumidores, profesionales innovadores y responsables con la sociedad y no funcionarios afanados en ganar dinero.

En segundo lugar, se propone el argumento de la empatía. Las humanidades y, en particular, la literatura, la historia y antropología cultural enseñan a ponerse en el lugar del otro, a mirar la sociedad desde los ojos de las personas distintas e, incluso, muy diversas a nosotros; también, enseñan a tolerar y a apreciar culturas, costumbres y modo de ser distinto al nuestro. El chauvinismo, el egocentrismo, el machismo, racismo y el etnocentrismo son amenazas que las humanidades ayudarían a mitigar.

En tercer lugar, se ubica el argumento de la gratuidad. La humanidades enseñan el valor de lo inútil, de lo que no tiene precio, enseñan a comprender que hay bienes en sí mismos, independiente de si producen unos resultados mensurables –como la educación misma–, actividades que son valiosas, aunque



no proporcionen algo útil distinto a su cultivo, aunque no proporcionen una renta o una obra cuantificable en dinero. Así, la belleza de un bosque nativo, de un lago, de un glaciar o de un poema, son bienes cuyo valor reside en su mera existencia. La conservación de la identidad urbana y cultural de una ciudad o de un lugar o de un grupo social adquieren sentido desde las humanidades.

Lo práctico, lo funcional y lo útil son importante para la vida en sociedad, pero no pueden ser la única consideración, porque ello deriva en pragmatismo burdo y empobrecedor en las decisiones individuales y políticas públicas. Los estudios humanísticos son un medio para conjurar el vicio del pragmatismo sin contrapesos.

En cuanto lugar, el argumento de la integridad, según este se tiene que las humanidades son necesarias porque ellas proporcionan una mirada holística, observan al hombre en la totalidad de sus dimensiones. Abarcan lo humano como un todo, trabajando sobre los fundamentos de los distintos saberes, desde una perspectiva general que no se confunde con ninguno de ellos. Las humanidades integran, sintetizan, agregan, recogen, unifican en un mundo de saberes cada vez más dispersos y aislados.

En quinto lugar, se menciona el argumento metodológico. Al respecto, las humanidades frente al predominio reduccionista de la racionalidad instrumental, tecnocrática, del pensar calculante que denunciara el gran filósofo alemán Martin Heidegger, del pensar unilateral, por una sola vía, ofrecen la alternativa de la racionalidad estética, cordial, metafórica o simbólica. Las humanidades ponen en ejercicio un modo de adquirir saber a partir de una racionalidad no instrumental, pero no por eso privada de racionalidad y rigor.

No tengo el tiempo, y no creo que sea esta la oportunidad, para profundizar cada uno de estos argumentos que han sido defendidos por distintos autores con precisión, vigor y elegancia, también, discutidos y cuestionados. Con todo, como bien se pueden pensar de su simple lectura, algunos de ellos parecen tener más bien el carácter de una aspiración, de un anhelo o ideal, o parecen referirse a aquello que las humanidades fueron y deberían ser, pero en su largo camino de evolución han perdido, por lo menos parcialmente.

¿Acaso no encontramos entre los cultores de los saberes humanísticos hoy no pocas veces dogmatismo y no espíritu crítico, escuelas de pensamiento cerradas tanto a la discusión interna como externa, escasos preguntar y demasiado sentenciar?

¿Acaso las humanidades no han sido penetradas por el espíritu utilitarista y también por el conocimiento que ellas proporcionan se valora en función de un propósito pragmático, se buscan resultados, se unen a la persecución del rendimiento? En este orden, ¿Acaso a menudo con respecto a la educación, en vez de subrayar que tiene un fin en sí misma –la formación integral de la personas–, se le concibe a partir del mayor bienestar económico que proporciona al sujeto más educado?

¿Acaso –como señalé antes– las humanidades no han caído ellas mismas en el vicio de la especialización y, en demasiados ámbitos, los estudios humanistas, a contrapelo de su origen, han derivado en una absurda multiplicación de investigaciones desconectadas entre sí, porciones minúsculas de saber que se olvidan del hombre?

¿Acaso, no pocas veces, en las humanidades vemos aplicar un tipo de racionalidad instrumental, objetiva, unilateral, cerrada a la consideración del misterio, lo simbólico y lo abierto a múltiples respuestas?

## **CONCLUSIONES**

Las humanidades, si desean salir de la posición defensiva y arrinconada en la que actualmente se encuentran, necesitan repensarse y someterse ellas mismas a un ejercicio crítico, sin ningún tipo de autocomplacencia, mirando quizás hacia sus orígenes, hacia el momento de su nacimiento, porque como lo sostuvo un gran humanista, es el momento del origen de un fenómeno cultural, el momento prístino, cercano a las fuentes, cuando ese fenómeno puede ser observado con su máxima pureza.

Chile necesita prioritariamente de las humanidades en las escuelas y en la universidad, pero es indispensable que las humanidades recuperen los rasgos que las hicieron, en su momento, ocupar un papel central en la formación del ser humano.

## **BIBLIOGRAFÍA**

BARCELÓ, JOAQUÍN (2015). *Estudios sobre el humanismo*. Ediciones UnaB, Santiago.

CORDUA, CARLA (2012). “La crisis de las humanidades” en *Revista de Filosofía* 7-9, volumen 68, Santiago.

NUSSBAAUM, MARTHA (2010). *Sin fines de lucro. Porque la democracia necesita de las humanidades*. Ediciones Katz, Barcelona.

VALDÉS, ADRIANA (2017). *Redefinir lo humano: las humanidades en el siglo XXI*. Ediciones UV, Valparaíso.

VARGAS LLOSA, MARIO (2015). *Elogio a la educación*. Editorial Taurus, Madrid.